

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II  
NUM 69

40 Cents.

13 JUNIO  
1926



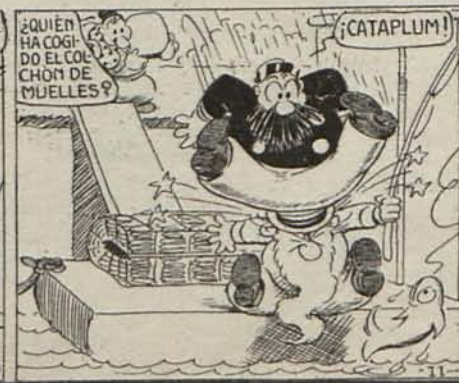
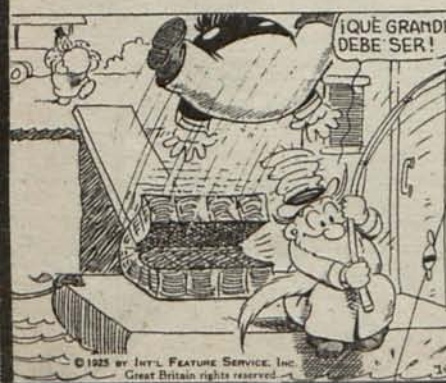


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRIPCIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



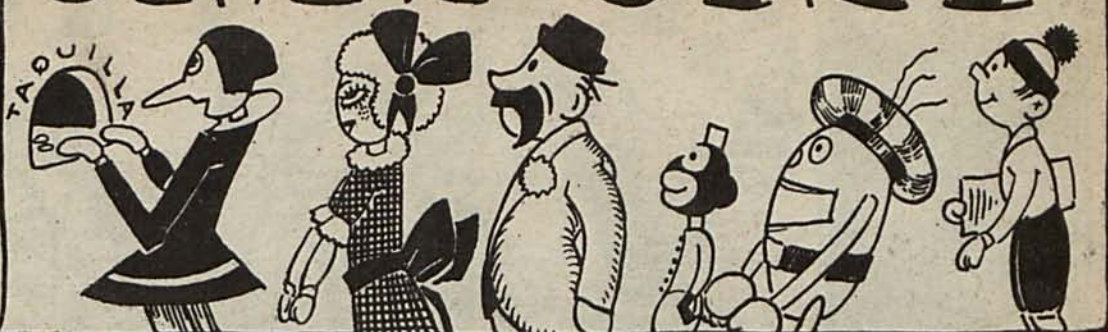


PROGRAMA  
PARA HOY

EL SECRETO  
DE  
LA GRUTA

Sensacional!

# GRAN CINE



Los tres valientes compañeros, Dick, Dan y Darkie, hallábanse pasando unas pequeñas vacaciones por la costa de Méjico.

Eran dueños de un yate a vapor que se llamaba *Zenit* y que no les servía de gran cosa, porque sólo podían hacer en él viajes de recreo.

—¡Pues señor!, esta vida que llevamos es muy buena, pero no resulta, porque los fondos se acaban y es tiempo de que busquemos modo de trabajar —decía Dick.

—Se me acaba de ocurrir una luminosa idea —exclamó Darkie—.

—¡Pues a ver, a ver! ¡Que se oiga! —dijo Dick riéndose.

—Se trata de utilizar el *Zenit* como barco de recreo para llevar pasajeros de un lado a otro, a dólar por barba.

—Sí; la idea es buena —asintió Dick— y vamos a ponerla en práctica en seguida. Ahora mismo voy a pegar por ahí unos anuncios.

El anuncio produjo buen resultado y aquella misma tarde el *Zenit* hacía su primer viaje, llevando un buen cargamento de pasajeros.

—Nuestra fortuna está hecha, muchachos —declaró Darkie.

—¡Ojalá sea verdad! —dijo Dan—; pero ¿qué es eso?

Un señor, con aspecto de millonario, se aproximaba al yate, que estaba amarrado al muelle, acompañado de una joven que debía ser su hija. El señor aquel se llamaba Septimus Solter y su hija Delia, y era, efectivamente, muy rico. Estuvo contemplando el *Zenit* y leyendo los anuncios a través de sus gafas de concha. Luego, dirigiéndose a los tres compañeros, les dijo:

—¡Vaya una bonita embarcación! ¿Me la podrían alquilar particularmente para todo el día?

—Sí, señor; puede usted alquilarla por todo el día, por viajes o por horas.

Y así quedó convenido que el americano y su hija emprenderían el primer viaje al día siguiente, a las diez de la mañana.

—¡Darkie!, eres un embustero, porque nosotros no conocemos ninguno de los lugares interesantes; ni siquiera sabíamos que los había —dijo Dick.

—Ya lo sé; pero verás qué pronto los encontraremos.

—Perdón, señores —interrumpió una voz extranjera—. Tal vez yo les pueda ayudar, porque conozco todos los sitios interesantes que hay por estos contornos.

Los tres compañeros se volvieron, encontrándose frente a un mejicano de media edad, delgado y tostado de piel.

—Es usted, precisamente, la persona que necesitábamos —dijo—. ¿Cuál es el viaje más interesante que se puede hacer por estos alrededores?

—Visitar la Gruta de las aguas, que se halla situada a unas cuarenta millas río arriba —dijo el mejicano.

—Muy reconocidos a usted, amigo.

Al día siguiente, poco después de las diez, el *Zenit* navegaba a través de las aguas del puerto con rumbo hacia el río, llevando a bordo a Dick, Dan y Darkie, con Septimus Solter y su hija. Hacia medio día llegaron a un sitio donde el río se bifurcaba. Dick tomó por el afluyente del lado derecho, que poco después se ensanchaba hasta convertirse en un gran lago, a cuya izquierda estaba la Gruta del Agua.

—Ahí tiene usted la Gruta del Agua, caballero —anunció Dick, señalando a un colosal arco abierto en el frente de una pared de roca que cerraba el lago por uno de los lados.

De la Gruta brotaba un gran chorro de agua lleno de espuma, que producía, al caer, un rugido imponente. Una parte de la catarata quedaba en sombras, mientras, por el contrario, el resto brillaba y fulgía a la luz de un rayo de sol que entraba oblicuamente por la boca de la Gruta. Dick hizo maniobras con el barco hasta dejarlo a un lado de la Gruta y Darkie lo amarró a un saliente de la roca. Prepararon el almuerzo en la cámara, y Mr. Solter, que llevaba una cesta con abundantes provisiones, invitó a almorzar a los tres compañeros.

—Por mil dólares no hubiera querido perdonar esta excursión —observó el americano.

Pero fué interrumpido por un mejicano alto que apareció en el umbral de la puerta empujando un revólver, y que les dijo con voz suave y amenazadora:

—Señores, y usted, señorita, hagan el favor de levantar las manos y no moverse.

Detrás de él estaban otros dos mejicanos armados con escopetas; y Dick vió también que otros rifles les apuntaban a través del techo de cristal de la cámara.

—Señor Solter —continuó el mejicano cortésmente—, haga usted el favor de venir por aquí, y usted también, señorita. Si no hacen ninguna resistencia a mis hombres, no se les causará el menor daño. Yo soy Pedro Lonjas.

¡Pedro Lonjas el bandido! Todos le conocían de oídas.

El americano, pálido por la ira, se volvió hacia Darkie hecho una furia y rugió:

—¡Negro del demonio! Ya comprendo ahora que este atraco lo teníais preparado de antemano.

Darkie, con la boca abierta, quedóse mirando, lleno de asombro, al mejicano, y sin que éste le diera tiempo a pronunciar una palabra, le descargó un tremendo golpe en la barba. El negro retrocedió, tropezó en el respaldo de una silla y cayó al suelo.

—¡Cogedle! —gritó Lonjas a sus hombres.

Inmediatamente tres de ellos se echaron sobre el negro.

Los tres bandidos, prácticos en esta clase de trabajo, levantaron y ataron a Darkie sin dejarle tiempo a darse cuenta de lo que pasaba. Dick y Dan corrieron la misma suerte.

—¿Qué se proponen con dejarnos aquí, Dick —preguntó Dan.

—Pues que Lonjas querrá deshacerse de nosotros y no ha pensado todavía en qué forma va a hacerlo. Oye, Dakie, échate a rodar hasta

ponerte encima de mí, a ver si puedo cortarte las cuerdas, porque mientras Lonjas estaba ocupado contigo, es condí un cuchillo de la mesa en la manga.

—¡Caramba! ¡Qué buena idea has tenido! —exclamó Darkie echándose a rodar por el suelo de la cabina hasta poner la espalda pegada a la de Dick. Este, a pesar del cuchillo, no logró libertar a su camarada, sino después de grandes trabajos y de haberle producido unas cuantas cortaduras en el cuerpo. Poco después ya estaban los tres libres y subieron silenciosamente a cubierta en busca de los bandidos.

—Apostaría a que tiene algún escondrijo en esta gruta.

—Oye, Dick, ¿No ves un objeto blanco que está encima de esa piedra, al lado de la catarata? Mira a ver qué es —preguntó Dan.

Dick no pudo ver ningún objeto hasta que miró con unos gemelos. Entonces dijo:

—Es un pañuelo, un pañuelo de señora, que debe haberlo dejado caer Della Solter. ¿Pero

—Trepano por la catarata —se apresuró a

cómo vamos a subirnos ahí arriba para cerciorarnos? contestar Dakie—. Será un viaje muy húmedo y accidentado; pero este niño puede hacerlo. Por lo menos, vamos a intentarlo. No se puede consentir que Mr. Solter nos crea cómplices de los bandidos.

Y Darkie saltó desde la cubierta del yate a un estrecho saliente de la roca que había por encima de la línea de flotación. Y andando por él llegó hasta el borde de la catarata.

Empapado hasta el tuétano y casi sin aliento, Darkie llegó, por fin, a lo alto de la catarata. Y al lado de ella vió una escalera de cuerda, enrollada, atada a una roca saliente. Soltóla, y la escalera quedó colgando, separada de la catarata unos tres pies, pues el túnel por donde salía el agua era mucho más ancho que el río.

Dick y Dan subieron corriendo por aquella escala a reunirse con su compañero, y los tres juntos echaron a andar por el túnel hasta que oyeron voces y distinguieron un rayo de luz que penetraba por las rocas. Poco después llegaron a una abertura que tenía el túnel y por la cual salían en aquel momento los bandidos. Darkie se precipitó sobre ellos, dando golpes a derecha e izquierda y haciéndoles caer atontados. Dick y Dan también le ayudaron, consiguiendo la victoria gracias a lo repentino del ataque, pues los bandidos, al caer, fueron arrastrados por el río subterráneo, que los llevó a sumergirlos en la catarata.

El jefe de los bandidos, al ver que su plan fracasaba, intentó huir; pero Darkie le puso las manos encima diciéndole:

—Usted es, precisamente, el que yo quería coger, y ahora se volverá usted al puerto con los otros, porque se me figura que la policía va a tener un alegrón al verle.

En seguida los tres camaradas pusieron en libertad al americano y a su hija, y volvieron todos juntos al *Zenit*. Una vez a bordo, apresuráronse a salir de la gruta, y fuera, en el lago, cogieron a tres de los bandidos. El resto de ellos ganaron la orilla, consiguiendo escapar. El yate navegó rápidamente río abajo, y Septimus Solter les dijo a los tres compañeros:

—Estoy muy arrepentido por haber sospechado que érais cómplices de los bandidos, y quisiera recompensaros de algún modo para demostraros mi agradecimiento por la valentía con que nos rescatásteis a mi hija y a mí.

Dick, caballeresco, no quiso aceptar nada. Sentíase satisfecho, y no poco, con haber capturado a los terribles bandidos.

HA TERMINADO!!



PROGRAMA  
PARA HOY

DIK EL  
VAGABUNDO

*Sensacional!*

# GRAN CINE



En medio de un viento nordeste que silbaba horriblemente alrededor de sus chimeneas hollinientas, el barco *Ethel* abría paso por el canal, a través de olas montañosas.

Acurrucado en un rincón de la bodega, encima de un montón de sacos vacíos, iba Dick Davis escuchando con el oído aguzado cómo crujía el maderamen del barco y cómo chocaba el mar contra los costados del buque.

Dick era un vagabundo; hasta la edad de catorce años había vivido con un tío que, aunque no le maltrataban siempre, le demostró poco afecto, manteniéndole hambriento y mal vestido. Un día tuvo ocasión de esconderse a bordo del *Ethel*. Pero ahora arrepentíase el muchacho de su imprudencia; acababa de volver en sí de un ataque de mareo, y para mayor desgracia el buque corría una horrible tormenta.

Pasaban las horas y el mar inclemente envolvía entre sus olas al barco que cabecaba en medio de la galerna. Rendido, y fatigado por el mareo, Dick empezó a dormitar; pero, apenas había cerrado los ojos, sintió en los tobillos una humedad fría que le hizo volver a la realidad de la vida. No podía ver lo que era por la intensa oscuridad que reinaba en la bodega. Púsose en pie y encendió una cerilla; un resplandor amarillento alumbró la bodega; la luz convirtió en seguida en un punto rojizo y se apagó.

Sin embargo, esta breve iluminación fué bastante para que Dick viera un espectáculo que le aceleró el pulso; en medio de la bodega corría un chorro de agua que iba formando en el suelo una laguna.

Dick corrió a la escalera de la escotilla; subió por ella y empujó la puerta con toda su fuerza, pero sin resultado alguno; porque estaba cerrada; en vano el muchacho dió golpes en ella gritando a todo pulmón.

El nivel del agua del suelo se elevaba rápidamente; en un rincón vió lo que necesitaba... una barra de hierro que empleaban para abrir cajones y que los marineros habían dejado allí; descendió de la escalera, y chapoteando por el agua, la cogió; el agua le llegaba ya hasta la rodilla; subió y se puso a dar golpes.

—¡Pun, Pun, Pun!

Después de golpear con la barra durante un rato se detuvo a escuchar; solamente el gemido del viento y los golpes de mar llegaron a sus oídos; intentó llamar de nuevo, y después de estar cinco minutos dando sin cesar, se detuvo. Un grito de gozo se le escapó del pecho al oír unas pisadas y ruido en la escotilla. Esta se levantó, y asomó por ella un hombre afeitado, de cara severa; el marinero quedóse sorprendido mirando al muchacho... y una expresión de cólera se pintó en sus ojos.

—¡Un polizón! —gritó—. ¡Eh pillol! ¿Cómo?...

Pero no dijo más, porque a la luz que entraba por la escotilla, vió cómo el agua corría a horbotones por la bodega, contando elocuentemente lo que pasaba.

—¿Una vía de agua? —preguntó bruscamente.

—Sí, señor —respondió Dick, subiendo los últimos escalones para llegar a cubierta.

El oficial escuchó en silencio la historia del muchacho; al final de la narración dió unas cuantas órdenes enérgicas en voz alta... órdenes que hicieron acudir marineros que andaban diseminados por el barco. Inmediatamente empezaron a funcionar unas cuantas bombas de mano, achicando a toda prisa el agua que entraba.

En la confusión del momento olvidáronse de Dick; pero el muchacho, que permanecía arrimado a un puntal, oyó fragmentos de la conversación que sostenían los que manejaban las bombas, y dedujo que el barco había sufrido desperfectos serios durante la tormenta.

El mar había arrancado el timón y deshecho todos los botes y el barco navegaba ahora enfilado hacia una barrera de rocas peligrosas cerca de la costa de Cornish. Y a pesar de la bomba, el agua continuaba subiendo en la bodega.

—¡No hay remedio! —dijo el oficial al fin—. ¡No nos queda más que un recurso...

El barco dió una sacudida que erizó el cabello de todos y paró dando un topetazo que hizo caer de cara a varios de la tripulación; éstos fueron levantándose poco a poco llenos de ansiedad.

—¡El barco ha tocado en un escollo! —exclamó el oficial—. ¡Continuad achicando todo lo que podáis, porque si no nos vamos a pique! Luego se detuvo mirando una masa de rocas negras que emergía del agua por el costado derecho del buque, ya medio hundido.

—Ahora que ha cesado el viento, podríamos tirar una cuerda para engancharla en esas rocas —dijo pensativamente—. Como son bastante altas podríamos sostenernos encima de ellas fuera del agua hasta que el temporal amaine. Iré a consultarlo con el capitán.

Alejóse el oficial y Dick le siguió sin saber por qué. El barco se estremecía cada vez más bajo los golpes de mar, y, aunque se veía claramente que no tardaría en hundirse del todo, el capitán y el oficial conversaron durante algunos minutos con bastante sangre fría. El oficial, al ver allí a Dick, le llamó.

—Ven aquí, chico; ayúdame a atar esta cuerda a la barandilla y después intentaré ir nadando hasta esas rocas para atar a ellas el otro extremo.

Dick estremeciése ante el pensamiento de la terrible travesía a nado por entre las montañas de agua rugiente, pero se apresuró a ayudar al oficial. Apenas acabada la tarea, una montaña de agua verde cayó sobre el buque por estribor; inundó de espuma blanca la cubierta y Dick se encontró flotando en el mar con la cuerda cogida con fuerza en una mano. Al principio apenas se dió cuenta de lo sucedido; tenía un confuso recuerdo de haber oído voces y gritos, pero aún tardó algunos momentos en convencerse de que el agua lo había arrastrado por la borda. Dióse cuenta también de que las vidas de los tripulantes del *Ethel* dependían de la cuerda que él tenía en la mano.

En el primer momento su intención fué volver al barco; pero desechó esta idea del pensamiento, puesto que alguien tenía que ir nadando hasta los arrecifes; haría él lo posible por desempeñar esta tarea, ya que el hado le había arrojado al mar.

Fué una jornada terrible. Las manos se le entumecieron con la frialdad del agua y tuvo que atar la cuerda a la cintura, pues no tenía fuerzas para seguir cogiéndola.

Sacudido por las olas como si no pesara más que un corcho, varias veces perdió de vista los arrecifes. Otra vez estuvo a punto de ser arrojado contra el saliente de una roca; pero, tras una lucha que le duró como si fueran siglos, vió levantarse ante sí una masa de rocas negras y rugosas, cuya cresta quedaba por encima de donde alcanzaban las olas y el muchacho trepó rápidamente a ellas. Con todos los miembros doloridos, se puso en pie y ató la cuerda a ellas; después tuvo que sentarse exhausto de fuerzas y quedó desvanecido.

Luego tuvo un vago conocimiento de que la tripulación del *Ethel* iba llegando, deslizándose por la cuerda, y oyó el grito que dieron al hundirse el barco entre las rocas contra las cuales se había estrellado. Pero no recobró el conocimiento por completo hasta que alguien le derramó un líquido confortante entre los dientes, al mismo tiempo que le agitaba los brazos arriba y abajo vigorosamente. Este tratamiento le hizo revivir y pudo incorporarse y mirar a su alrededor.

Una docena de hombres se agrupaban en el pináculo de las rocas. Abajo rugía el mar y se agitaba, mandándoles nubes de agua pulverizada que caía sobre ellos.

—¿Están todos a salvo? —preguntó Dick con voz balbuciente.

—Sí; todos, gracias a ti —replicó el capitán—. Un minuto más que se hubiera tardado en atar la cuerda a las rocas, habría sido ya demasiado tarde. Así y todo llegué yo aquí en el momento en que se hundió el *Ethel*; ahora haremos una señal a tierra para que nos manden un bote salvavidas.

Mientras el capitán lo decía, oyóse una detonación y se elevó por los aires un cohete, dejando un rastro de estrellas luminosas de tras de sí; siguieron a éste otros dos y luego una larga espera.

—¿Habrán oído nuestras señales? —preguntaba el piloto.

Pasaron veinte minutos de ansiedad y por fin... ¡Ah! ¡El bote salvavidas que llegaba!

Dick no podrá olvidar nunca los gritos de alegría y regocijo que salieron de todos los pechos al ver aparecer el bote. Un cuarto de hora más tarde toda la tripulación se hallaba a bordo de él y caminando de la costa.

Cuando llegaron a tierra el capitán le dijo a Dick.

Ha sido una gran suerte para todos que te metieras de polizón en el *Ethel*; te debemos la vida, hijo mío. No olvides que siempre habrá una cama para ti en cualquier barco que mande el capitán Graves.

Y el capitán Graves cumplió su palabra, porque Dick es hoy su primer piloto.

¡¡HA TERMINADO!!





(Continuación.)

—¿No has visto nada, Miguel? —preguntó el señor Bandi.

—No, señor; estaba mirando en otra dirección.

—Estemos todos atentos —dijo Vicente.

Fijaron sus miradas en el lugar donde se hallaba la galería, escrutando ansiosamente las tinieblas. Una llama pequeña tenía que verse en aquella dirección.

Pasaron algunos minutos de angustiosa expectativa y después advirtieron un rápido fulgor, perfectamente visible, en la dirección indicada. No era la llama de una lámpara, porque, de ser así, brillaría más; pero podía comparársela a la de una cerilla encendida.

Aquella luz duró pocos segundos; después volvió a reinar la oscuridad.

—¿Habéis visto? —dijo Vicente.

—Sí —respondió el doctor—. Me ha parecido, además, ver una cara humana.

—¿Será Roberto, que nos esté haciendo señales?

—Lo supongo. ¿Sabéis si tenía cerillas?

—Sí; metidas en una fosforera.

—¿Y si, por el contrario, fuese Simón? —dijo Miguel.

—No es posible —dijo el señor Bandi—. La inundación se ha producido poco después de la explosión de la mina y el esclavo no ha debido tener tiempo de llegar hasta allí.

—Vamos a intentar responder a sus señales.

—¿En qué forma?

—Agitando en el aire la linterna; quizás comprenda que le hemos visto.

—Podemos hacer otra cosa mejor, Vicente.

—¿Qué, doctor?

—Descargar nuestros revólveres. ¿Estarán secas las cápsulas?

—Creo que sí.

—Pues vamos a contestarle.

Vicente sacó el revólver que llevaba a la cintura e hizo tres disparos al aire, con intervalos de algunos segundos entre uno y otro.

Poco después del tercer disparo se vió hacia la galería un brillante resplandor, seguido de una detonación, que llegó muy claramente a oídos del doctor y sus compañeros, a pesar del rugido de las aguas.

—¡Es Roberto! —exclamaron los tres.

Tras aquel primer disparo siguieron otros tres.

—¿Le dejaste a él el revólver, Miguel? —preguntó Vicente a éste.

—Sí.

—¿Qué haremos para reunirnos con él? ¡Buscad un medio, doctor!

—No nos queda más que uno: echarnos a nadar hasta allí; pero hay un grave peligro para nosotros.

—¿Cuál?

—El de extraviarnos. ¿Quién os asegura que Roberto tenga bastantes cerillas que puedan servirnos de guía para llevar buena dirección?

En aquel instante se oyeron otros dos nuevos disparos. ¿Qué significaban?

Con toda seguridad querían llamar la atención del doctor y sus compañeros; pero, ¿con qué objeto?

—¿Qué hacer? —se preguntó, perplejo el doctor—. ¿Pide respuesta, o qué?

—¿Disparo otros tres tiros?

—Uno, y después veremos.

El lobo de mar obedeció; pero aquella vez no le contestaron.

—¡Otro! —dijo el doctor—. Roberto debe tener aún otro cartucho.

La segunda detonación resonó provocando los ecos de las bóvedas de la caverna, pero no obtuvo mejor resultado; Roberto no respondía.

—¿Qué decís, doctor? —preguntó Vicente, intrigado por aquel silencio.

—Que comienzo a creer que si Roberto no responde es porque se ha arrojado al agua.

—¿Y nada hacia nosotros?

—Eso supongo. Cuidad de que no se apague la lámpara.

—Aún hay aceite —contestó Miguel—. Tendremos para varias horas.

—¿Y después? —dijo Vicente, enjugándose el sudor helado que le inundaba la frente—. ¿Qué será de nosotros cuando nos falte la luz?

—Pensemos ahora en Roberto —dijo el doctor suspirando—. Después... ¡quién sabe!... ¡Tengamos confianza en Dios!... ¡Silencio, escuchemos!

Agachados sobre la roca y con los oídos atentos esperaron ansiosamente alguna nueva señal de parte del joven pescador. Desgraciadamente el fragor de las aguas hacía imposible oír el ruido producido por el joven nadador.

Transcurrieron algunos minutos de ansiedad inenarrable, después de los cuales, Vicente, no pudiendo contenerse, gritó tres veces:

—¡Roberto! ¡Roberto! ¡Roberto!

Pocos momentos después, una voz aún lejana, que parecía salir de las aguas, respondió:

—¡Ya voy!

—¡Es él! —gritaron Vicente y Miguel.

—¡Sí; es la voz de Roberto! —confirmó el doctor.

—Viene nadando.

—¿Resistirá el ímpetu de la corriente? —preguntó el doctor.

—Creo que el agua refluye hacia la galería —contestó Vicente—; pero Roberto no tendrá que esforzarse mucho en resistirla.

—¡Es muy buen nadador! —dijo Miguel.

—¡Bravo muchacho! —exclamó el doctor—. Ya creí que no le volvería a ver más.

—Y yo tampoco esperaba volverle a ver...

Vicente no pudo terminar la frase. A lo lejos, de entre las espesas sombras, se oyó sonar un grito que parecía todo menos humano, algo así como el aullido de una fiera, o el de un negro en la agonía.

—¿Qué sucede? —dijo Miguel palideciendo.

—¿Será que Roberto no puede vencer la fuerza de la corriente? —preguntó alarmado el señor Bandi.

—¡Oh, no; no es su voz! —gritó Vicente.

Casi en el mismo instante se oyó muy claramente a Roberto que gritaba:

—¡Auxilio!

—¡Roberto! —gritó Vicente, preparándose para lanzarse al agua.

—¡Auxilio, que me sigue Simón!

—¡Mil diablos! —gritó Vicente—. ¡Ahora me las pagará ese perro!

Antes de que el doctor y Miguel hubieran podido detenerle, se lanzó de cabeza al fondo del agua tenebrosa, sin pensar que en aquel salto podía hallar la muerte al chocar desde tal altura con alguna roca o un bloque de carbón.

Pronto salió a la superficie sin haberse lastimado y se puso a nadar con furia loca. Para estar mejor preparado para la lucha llevaba su cuchillo entre los dientes; un arma terrible de aguda punta y muy afilado, sólido como las armas toledanas.

Oía que Roberto gritaba delante de él e iba a su encuentro, algo al acaso, pues no tenía más guía que la voz del joven.

(Continuará en el número próximo.)

Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véase las condiciones en este mismo número.



# SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

## PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo *auto* es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMÁTICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este *auto*. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



## SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

## TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorros, objetos de tocador, etc., etc.

## CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo niquelado con ruedas de goma, cadena de transmisión, etcétera, etc.

## QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

## SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

## SÉTIMO PREMIO

Una caja de acuarela.

DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

## CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde el 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sorteo, y aquéllos a quienes les

toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

### Nota importante.

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen **después** del 1 de junio de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en agosto de 1926 y el Pinochista la renueva en junio de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta agosto de 1926, y la nueva se servirá hasta agosto de 1927.



# EL TESORO DE ALÍ DEL CAIRO

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Había en la ciudad del Cairo un hombre que poseía incontables riquezas en dinero, en piedras y metales preciosos y en fincas. Se llamaba Hasán el joyero de Bagdad. Dios le había concedido, además, la dicha de tener un hijo de hermoso aspecto, de regular estatura, de color sano y agradable, de modales finos y elegantes, de exquisita delicadeza, a quien llamaban Ali del Cairo. Al cual había enseñado el Alcorán y la ciencia, lo había instruido en la elocuencia y en las bellas letras. Y aunque había llegado a sobresalir en toda clase de conocimientos humanos, trabajaba en el comercio bajo las órdenes de su padre.

Un día enfermó el comerciante, y notando que se aproximaba la hora de su muerte, hizo llamar a su hijo Ali del Cairo y le dijo así:

—¡Oh hijo mío! El mundo es transitorio y sólo es permanente la vida futura: todo ser vivo ha de morir sin remedio. Siento que se acerca mi fin y deseo hacerte mi último encargo. Si tú lo cumples, ten la seguridad de llegar tranquilo y feliz hasta que Dios (¡Alto es y poderoso!) se digne llamarte a su seno; si no lo cumples, tendrás que soportar fatigas sin cuento y te arrepentirás de haber despreciado mi consejo:

—¡Oh padre mío! —respondió Ali—. ¿Por qué no he de escuchar tu consejo y cumplir lo que me encargas, cuando obedecerte es para mí obligación de origen divino, y seguir tus mandatos es para mí absolutamente necesario?

—Yo te dejo, hijo mío, casas, mansiones, bienes y riquezas sin cuento; tantas, que aunque gastaras cada día quinientos dinares, no se te concluirían en la vida. Pero tú, hijo mío, debes mantenerte siempre en el temor de Dios y obedecer sus mandamientos, debes seguir los preceptos del Elegido (Mahoma) (¡Ruegue Dios por él y lo salve!) en las cosas que él ha mandado o prohibido, según la Ley. Haz continuamente obras de caridad, enseña a todos lo que tú sepas, busca la compañía de los buenos, los honrados y los sabios; cuidate de dar limosna a los pobres y a los necesitados, evita la avaricia y la mezquindad, huye del lado de los perversos, de los que llevan una conducta sospechosa; trata a tus criados y a tu familia con benignidad y esmérate en prodigar toda clase de atenciones a tu esposa, pues ella es de familia noble y será mañana la madre de tus hijos.

Y no cesaba de amonestarlo, derramando lágrimas y diciéndole.

—¡Oh hijo mío! Pido a Dios misericordioso, Señor del trono excelso, que te libre de toda dificultad que pueda sobrevenirte en la vida, y que te socorra con su ayuda.

Y el hijo, llorando sinceramente, le contestó:

—¡Padre mío! Tus palabras me confunden, pues hablas como el que se despiden para siempre.

—Sí, hijo mío, sí —replicó el anciano—. Yo conozco bien mi situación; tú no olvides mis consejos.

Y el enfermo empezó a decir la profesión de fe, a recitar partes del Alcorán. Mandó a su hijo que se acercara, besóle en la frente, exhaló el último suspiro y su alma, separándose de su cuerpo, descansó en la paz del Señor.

Su hijo se apenó profundamente; el rumor de gritos y llantos oyóse por toda la casa; los amigos del difunto fueron viniendo. Ali se dispuso a preparar el cadáver para el entierro, que fué de gran pompa. Llevaron el féretro hasta el lugar de la oración, donde rezaron por el difunto; condujéronlo después al cementerio y lo enterraron, mientras se recitaban las preces rituales. Volvió luego a la casa la comitiva, consolaron al huérfano y cada cual se marchó a sus ocupaciones. El hijo hizo en memoria del muerto las ceremonias del viernes y el

rezo del Alcorán completo, hasta que pasaron los cuarenta días, y permaneció en casa, sin salir más que a la mezquita, y cada viernes iba a rezar a la tumba de su padre.

En esta vida de luto, de devoción y de oración perseveró Ali durante algún tiempo, hasta que sus amigos, los hijos de los comerciantes, fueron a buscarle y a saludarlo.

—¿Hasta cuándo —le preguntaron— va a durar esa pena? ¿Cuánto tiempo vas a dejar tus negocios y tu comercio y vas a estar sin reunirte con tus amigos? Tal conducta es inútil para ti, y terminará por perjudicar a tu salud.

Y cuando vinieron a verlo, iba, sin duda en su compañía Iblis el maldito (1) y les sugería el mal. Los amigos trataban de convencerle para que saliera con ellos al zoco, y el maligno Iblis, por permisión de Dios, lo seducía para que accediese a sus deseos, y salió de casa: Y, una vez en la calle, le dijeron:

—Monta en tu mula y vente con nosotros al jardín tal; allí nos distraeremos y verás cómo logras disipar esa pena y esa preocupación que te atormenta.

Y montando en su cabalgadura, tomó un criado que lo acompañase, y se dirigió, en compañía de sus amigos, al jardín que ellos deseaban visitar. Apenas llegaron, uno preparó la comida, y comieron alegremente, y charlaron hasta que llegó la noche, que se volvieron a la ciudad y cada cual se fué a su casa.

Al día siguiente fueron los amigos a buscar otra vez a Ali, y otra vez lo llevaron a pasar el día en el jardín; uno de ellos preparó la comida y la trajo al jardín, juntamente con vino. Comieron, y cuando le ofrecieron el vino, Ali preguntó:

—¿Qué es esto?

—Esto es lo que quita las penas y trae las alegrías.

Y tanto tanto le insistieron que lograron vencer su resistencia y bebió con ellos.

Continuó la conversación y no cesó la bebida hasta que se hizo de noche y cada cual se volvió a su casa. Pero Ali estaba mareado por los vapores del vino, y apenas entró en su casa, su esposa le preguntó, alarmada:

—¿Qué te sucede que estás cambiado?

—Hemos pasado hoy el día alegre y divertidamente —le contestó—; pero uno de los amigos ha llevado un licor del que todos bebían y yo también bebí: esto me ha mareado.

—¡Oh, señor mío! —le dijo suplicante y humilde la esposa—. ¿Has olvidado, por ventura, los consejos de tu padre y has hecho lo que él te prohibió: andar en compañía de amigos sospechosos?

—No, nada temas —contestó Ali—; estos amigos son hijos de comerciantes, lo mismo que yo, y nada tienen de sospechosos; sólo que les gusta divertirse y pasarlo bien.

Siguió Ali viviendo en esta disipación durante mucho tiempo. Con los amigos se iba de sitio en sitio, comiendo y bebiendo, hasta que le dijeron:

—Nuestro turno ya se ha pasado; ahora te toca a ti.

Y él aceptó con mil amores. A la mañana siguiente, hizo llevar todas las cosas necesarias de comer y beber, mucho más de lo que con él habían gastado, y, tomando cocineros, criados y cafeteros, llevó a los amigos a Er-rauda y Elmequías (2). Un mes entero pasaron allí comiendo, bebiendo y divirtiéndose.

Pasado este tiempo, notó Ali que había gastado todo el dinero que llevaba; pero el maldito Iblis le sugestionaba, diciéndole al oído:

(1) El Diablo.  
(2) Lugares del Cairo.





—Aunque gastases cada día lo que has gastado en este mes, no se agotarían tus riquezas...

Y en este despilfarro siguió por espacio de tres años. Su esposa le recordaba alguna vez los consejos prudentes de su difunto padre; pero él, lejos de oírlos, gastaba cada vez más y más. Acabósele el dinero, y echó mano de las piedras preciosas, cuyo precio dilapidaba. Concluídos estos fondos, vendió las casas y los bienes inmuebles, los campos y los huertos, uno tras otro, hasta que todo se dispó. No le quedaba más que la casa en que vivía: arrancó de ella los mármoles y las maderas que la adornaban y gastó su valor; y, cuando se vió sin otra cosa, vendió también la casa, que tuvo que abandonar, porque el comprador la necesitaba, habiendo de refugiarse en una cueva. Así llegó a verse en la miseria, sin más compañía que su esposa y dos hijitos que había tenido; él, que había sido el comerciante más rico del Cairo.

—¿No te decía yo —exclamaba la esposa llorando— que te acordaras de los encargos de tu padre y cumplieras sus mandatos? Ya ves lo que te ha sucedido por no escuchar mis súplicas. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Alto, el Grande! ¿Qué darás ahora de comer a estos infelices pequeñuelos? Levántate y llama a la puerta de tus antiguos amigos, los hijos de los comerciantes; quizá nos den alguna cosa para el sustento de hoy.

Y el infeliz Ali se dirigió a casa de sus amigos, uno tras otro; pero aquellos a quienes pidió, le volvieron el rostro, le hicieron oír palabras desagradables y no le dieron nada. Volvió descorazonado a reunirse con su esposa y exclamó:

—¡No me han dado nada!

Entonces la infeliz mujer se levantó y se dirigió a casa de sus vecinos para pedirles alguna cosa con que alimentar a los pequeñuelos en aquel día triste. Dirigióse a una mujer que conocía de tiempo atrás, la cual, al verla en tan lamentable situación, la abrazó llorando y le preguntó qué les había sucedido. Contóle las malas andanzas de su esposo, y la amiga, que era de generoso corazón, le dijo:

—¡Bienvenida seas a mi casa; yo te recibo en ella con el mayor gusto! Todo cuanto necesitas, pídemelo sin rebozo y sin preocuparte de que me lo has de devolver.

—¡Dios te recompense el bien que haces! —exclamó sollozando la esposa de Ali.

A continuación la caritativa amiga le dió provisiones para ella y su familia durante un mes: provisiones que llevó a la choza que le servía de refugio. Ali, al ver llegar a su esposa, no pudo contener las lágrimas y le preguntó con ansiedad:

—¿De dónde has sacado todo esto?

Me lo ha dado Fulana: cuando le he contado nuestras desdichas, se ha compadecido de nosotros y me ha dicho que me facilitará cuantas cosas necesitemos para pasar la vida.

—Ahora —dijo entonces el marido— que tú has encontrado este auxilio y que no me necesitas, voy a marchar a un sitio que deseo ver; quizá Dios se compadezca de nuestra situación.

Seguidamente se despidió de su esposa, besó cariñosamente a sus hijos y salió sin saber adónde dirigirse. Y así, andando andando, llegó hasta Bulac, donde halló un barco pronto a levar anclas con rumbo a Damietta. Un hombre que había sido amigo de su padre, reconoció a Ali, y, después de saludarle, le preguntó:

—¿Dónde vas?

—A Damietta —respondió Ali—; tengo allí amigos a quienes deseo visitar; después me volveré.

Aquel hombre lo llevó a su casa, lo atendió cariñosamente, dióle unos cuantos dinares y lo condujo al barco que se dirigía a Damietta. Una vez que llegó a esta población y desembar-

có, quedóse indeciso sin saber adónde encaminarse. Otro comerciante tuvo lástima de él y hospedólo en su casa durante algunos días; después tomó la ruta de Damasco, y con una caravana se fué a Bagdad. Dios inclinó el corazón de un comerciante de los que iban en la caravana en favor de Ali, y en su compañía comió y bebió durante el viaje. Y cuando estaban ya a una jornada de Bagdad, salióles al paso una cuadrilla de salteadores de caminos que les robaron todas las mercancías y todas las riquezas que llevaba la caravana. Despavoridos, los comerciantes buscaron, cada cual por su lado, un lugar de refugio donde poder salvar la vida. Ali el del Cairo se dirigió a Bagdad, a donde llegó al ponerse el sol; pero no pretendió entrar hasta que vió a los porteros que se disponían a cerrar las puertas de la ciudad.

—Dejadme entrar con vosotros —les dijo.

Concediérnselo y le preguntaron:

—¿De dónde vienes? ¿A dónde te encaminas?

—Yo soy del Cairo —les contestó con aplomo—, traigo gran cantidad de mercancías, cargadas en mulas y al servicio de esclavos y criados; pero me he adelantado, montado en mi mula, para buscar un lugar a propósito en que depositar mis mercaderías, y cuando venía solo me ha salido al paso una cuadrilla de bandoleros que me ha robado mi cabalgadura y las cosas que traía conmigo, y yo he podido escapar por milagro.

Aquellos pobres hombres lo trataron con toda clase de consideraciones y le dijeron:

—¡Bienvenido seas! Pasa la noche con nosotros y a la mañana te buscaremos un lugar que pueda convenirte.

Buscó Ali en su bolsillo y halló en él un dinar, resto de los que le había dado el buen comerciante de Bulac; dióselo a uno de los porteros, diciéndole:

—Cámbialo y traenos algo de comer.

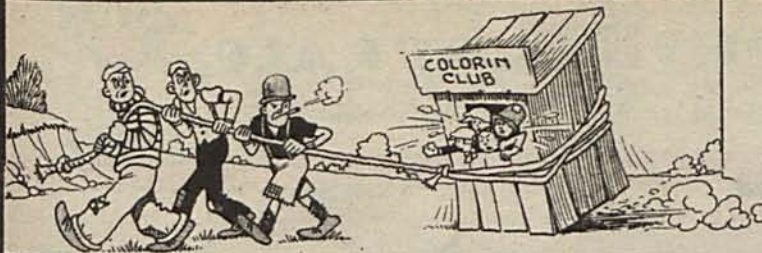
Así lo hizo aquél, que compró en el zoco pan y carne cocida, de la cual comieron todos. Ali pasó la noche con aquellos porteros. Al día siguiente fué uno de ellos a casa de un comerciante rico de Bagdad, a quien contó la historia de Ali. Dió fe el comerciante a aquel relato y creyó que era Ali un colega que traía muchas cargas de géneros. Hizolo entrar en su tienda, le dispensó toda clase de atenciones, envió a buscar en su casa uno de sus mejores vestidos, que se lo entregó, y lo hizo llevar al baño.

Entré con él al baño —contaba luego Ali el del Cairo, el hijo del comerciante Hasán el joyero—, y cuando salimos me llevó a su casa, donde ya nos esperaba la comida; comimos y pasamos el rato. Llamó a un esclavo suyo diciéndole: ¡Oh Mesaud!, acompaña a este señor y ensénale las dos casas del sitio tal. De aquella que le guste le darás la llave. Acompañado del siervo me dirigí a un callejón en el cual había tres casas contiguas a otra nueva cerrada. Abrió la primera, la vi y salimos; vimos la segunda y me preguntó: «¿De cuál de las dos te doy la llave?» Yo, entonces, le pregunté: «Y esta casa grande, ¿de quién es?» «Nuestra», me contestó. «Abrela para que la vea», le dije. «No tienes necesidad de ella», me replicó. «¿Por qué?», le pregunté yo intrigado. «Porque hay en ella duendes», respondió con terror, «y todo el que se atreva a habitarla una noche, a la mañana amanece muerto. Ni siquiera abrimos la puerta para recoger el cadáver, sino que subimos a la azotea de una de las otras casas y por allí lo sacamos. Por esta razón la ha dejado abandonada mi señor, y dice que no la dará a nadie».

(Continuará en el número próximo.)

**Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 pesetas), o un trimestre (5 pesetas).**





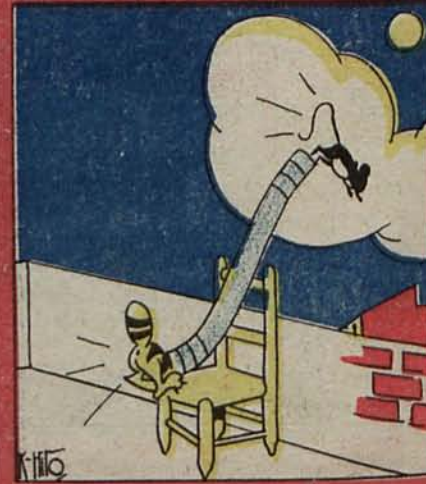
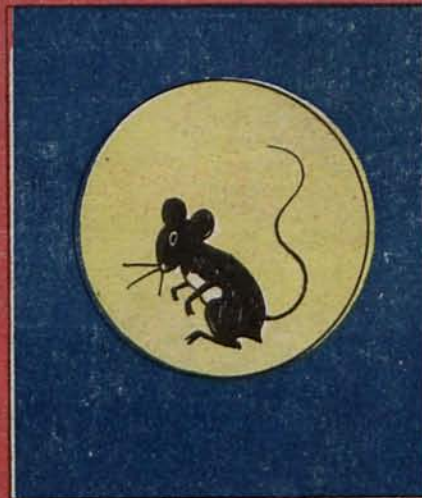
# COLORÍN Y SU PANDILLA







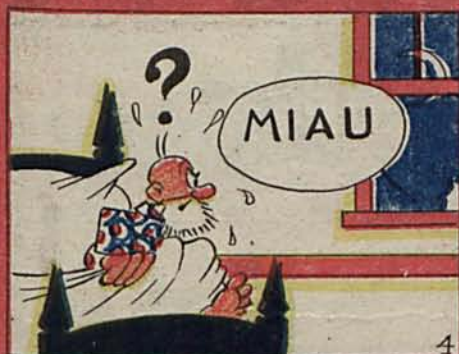
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# DACO MORRONGUÉS, EL GATO TRAVIESO.







# POTIPÁN Y CAÑAMÓN





# EL TEATRO DE PINOCHO

## EL CALIFA CIGÜEÑA

COMEDIA EN TRES ACTOS, DIVIDIDA EN CUADROS, SOBRE UN CUENTO DE GUILLERMO HAUFF

(Continuación.)

### ACTO SEGUNDO

#### CUADRO PRIMERO

*Un lugar apartado en los jardines del Califa. Un estanque, y, junto a él, una cigüeña. Llegan el Califa y el Gran Visir.*

EL CALIFA CHASID. Hemos buscado inútilmente con quien ensayar los polvos maravillosos de nuestra tabaquera. Los jardines de mi palacio están demasiado solitarios. Unicamente aquí, en este estanque, suelen verse cigüeñas. ¿Ves? Mira esa, muy seria y muy grave, que va de arriba abajo, buscando ranas y crotorando a ratos.

EL GRAN VISIR. Sería curioso oír lo que dice.

CALIFA. Mientras esté sola, no dirá nada interesante... Pero ¡por allí llega otra!

(*En efecto, una segunda cigüeña se acerca a la primera.*)

VISIR. Pondría mi barba, noble señor, a que estos dos zanquilar-gos sostienen una animada conversación. ¿Te parece que nos convirtamos en cigüeñas?

CALIFA. ¡Bien dicho! Pero antes vamos a recordar lo que hay que hacer para recobrar nuestro estado de hombres... Perfectamente: volverse hacia Oriente, inclinarse tres veces y decir: *Mutabor*, y de nuevo somos, yo, Califa, y tú, Visir. Pero, por Dios, no nos vayamos a reír, porque si lo hacemos, estamos perdidos.

VISIR. Si te parece, señor, podríamos ocultarnos detrás de esos árboles para transformarnos en animales. Si lo hiciéramos aquí, las cigüeñas sospecharían.

CALIFA. Prudente aviso. Vamos.

(*Salen. Se oye dentro la voz del Califa, que dice: Mutabor, y vuelven a aparecer los dos convertidos en dos saladísimas cigüeñas.*)

CALIFA. Tienes un hermoso pico, Gran Visir. Por la barba del Profeta, que no he visto en mi vida cosa semejante.

VISIR. Te doy las gracias humildemente, y, si me atreviera a ello, diría que Vuestra Alteza me parece casi más hermoso de cigüeña que de Califa.

CALIFA. (*Satisfecho.*) ¡Anda, exagerado!

VISIR. Si te parece, señor, y en ello tienes gusto, acerquémonos a nuestras compañeras para oír su charla y ver si, efectivamente, somos cigüeñas.

CALIFA. Me parece de collar de perlas.

(*Se acercan a las dos cigüeñas. Estas se han puesto a hablar. Los dos actores que hablen por ellas, pueden hacerlo a través de un papel de seda para que la voz tome un tono desagradable de castañeteo.*)

CIGÜEÑA 1.<sup>a</sup> Buenos días, señora zanquilarga; ¿cómo tan temprano en la pradera?

CIGÜEÑA 2.<sup>a</sup> Muy buenos, Pico de castañuela. Espero a mi hija.

CNA. 1.<sup>a</sup> ¿A la encantadora Patitas cortas?

CNA. 2.<sup>a</sup> Sí. Tengo que hacerle ensayar el baile que tiene que hacer delante de nuestros invitados esta noche.

CNA. 1.<sup>a</sup> ¡Es cierto! No me acordaba de que dan ustedes un baile en el minarete más alto de la mezquita.

CNA. 2.<sup>a</sup> Sí. ¿No tiene usted invitación?

CNA. 1.<sup>a</sup> Sí. Muchas gracias. Ya la he recibido. Por cierto que, con la conversación, se me ha olvidado preguntar a usted si ha desayunado ya.

CNA. 2.<sup>a</sup> No. Hoy no tengo apetito.

CNA. 1.<sup>a</sup> ¿Una lagartija?

CNA. 2.<sup>a</sup> No; muchas gracias.

CNA. 1.<sup>a</sup> ¿Ni una ranita siquiera?

CNA. 2.<sup>a</sup> No. No se moleste.

CNA. 1.<sup>a</sup> Como usted quiera.

CNA. 2.<sup>a</sup> Oiga usted, ¿sabe quiénes son aquellas dos que nos están mirando?

CNA. 1.<sup>a</sup> No las he visto en mi vida.

CNA. 2.<sup>a</sup> Serán forasteras.

CNA. 1.<sup>a</sup> Por allí creo divisar a la linda Patitas cortas.

CNA. 2.<sup>a</sup> Sí; allí viene.

CALIFA. (*Al Visir.*) Ea, vamos a ver a la lindísima Patitas cortas. (*Aparece una nueva cigüeña de patas cortas y aspecto ridículo. Una verdadera birria de cigüeña.*)

PATITAS CORTAS. Muy buenos días, mamá. Muy buenos días, señora Pico de castañuela. ¿Sigue usted bien?

CALIFA. (*Al Visir.*) En mi vida he visto bicho más gracioso.

VISIR. Ni en las tiendas de juguetes se ve una cosa igual.

CNA. 2.<sup>a</sup> ¿Has ensayado la danza que te enseñé?

PATITAS. Sí. Mira. (*Se acompaña tarareando alguna música.*) Lará, lará, lará. (*Hace como que baila.*)

CALIFA. (*Soltando la carcajada.*) ¡Ay, no puedo más! ¡Es lo más cómico que he visto en mi vida!

VISIR. (*También riendo a carcajadas.*) ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Es para morirse de risa!

CNA. 2.<sup>a</sup> Vámonos hija. Esos desconocidos parece que se burlan.

PATITAS. Sí. Vámonos. Me son muy antipáticos.

CNA. 1.<sup>a</sup> Gentes sin educación. (*Se van las tres cigüeñas. El Califa y el Visir siguen riendo locamente.*)

CALIFA. Era un espectáculo que no se paga con dinero. Yo no recuerdo nunca haberme reído con más ganas. ¡Qué lástima que los tontos de los bichos se hayan espantado con nuestra risa! Si no, esa deliciosa Patitas cortas hubiera acabado por cantar alguna canción con su linda voz de cajón de pasas.

VISIR. (*Riendo.*) Entonces nos hubiéramos muerto de risa aquí mismo. (*Poniéndose serio.*) Por cierto, que me parece que nos estamos jugando nuestra posición de hombres... Estoy seguro de que no debíamos reírnos, si queríamos recobrar nuestra personalidad...

CALIFA. ¡Por vida de la Meca y de Medinal! Si que sería una broma el tener que quedarse convertido en cigüeña! Busca tú la estúpida palabra. Yo no doy con ella.

VISIR. Tenemos que volvernos hacia Oriente, inclinarnos tres veces y decir: Mu..., mu..., mu... ¡No recuerdo!

CALIFA. A ver si yo: Mu..., mu..., mu...

VISIR. Mu..., mu...

CALIFA. Mu..., mu... ¡Nada! ¡Que nos hemos quedado convertidos en cigüeñas! ¡Hemos hecho el viaje!

VISIR. ¿Cómo aviso yo en casa que no me esperen a comer? (*Mientras cae el telón.*)

CALIFA. Mu..., mu...

TELÓN

#### CUADRO SEGUNDO

*Un tejado, en primer término. Desde él, se ve la ciudad de Bagdad, algunas de sus plazas, los altos minaretes. El Califa y el Visir, convertidos aún en cigüeñas, están en lo alto del tejado.*

EL GRAN VISIR. ¡Si que estamos divertidos, señor! Y luego, con ese empeño tuyo de no bajar a la ciudad a darte a conocer...

EL CALIFA CHASID. ¡Qué quieres! No podemos salir de nuestro disfraz de cigüeña. ¿Cómo van a creer a una cigüeña que les dice que es el Califa? Y, aunque lo creyeran, ¿es que los habitantes de Bagdad van a querer a una cigüeña por Califa?

VISIR. El caso es que así llevamos cinco días, alimentándonos de frutas silvestres...

CALIFA. Si fuéramos cigüeñas de verdad, podríamos comer ranas y lagartijas...

VISIR. ¡Qué horror! ¡Con lo malo que tengo el estómago!

CALIFA. Bien estamos aquí, en los tejados, mientras esto se arregla. Por cierto que los primeros días he notado gran inquietud y tristeza en las calles...

VISIR. ¡Naturalmente! Toda la ciudad está desconsolada por la desaparición de su Califa.

CALIFA. En cambio, hoy, todo está adornado con arcos y flores. Ricos tapices cuelgan de los balcones... Se oyen sonar músicas alegres... ¿Por qué se han puesto tan contentos, si yo no he aparecido todavía?

VISIR. No sé. No caigo. Sólo veo un brillante cortejo desfilando por las calles.

CALIFA. ¡Es cierto! Pífanos y atambores lo acompañan.

VISIR. Un hombre con manto escarlata, recamado de oro, monta sobre un caballo, rodeado de vistosos criados.

CALIFA. El pueblo lo vitorea a su paso. ¿Oyes lo que dicen?

VISIR. Sí. Oigo perfectamente. Dicen: «¡Viva Mizra! ¡Viva el señor de Bagdad!»

CALIFA. ¿Comprendes ahora, Gran Visir, por qué he sido encantado? Este Mizra es el hijo de mi enemigo mortal, el poderoso encantador Kaschnur, que en un mal momento juró vengarse de mí. Pero aún no he perdido todas mis esperanzas. Ven conmigo, fiel compañero de mi desgracia; vamos a la tumba del Profeta. Quizá en la santa mansión nos veamos libres del encanto.

TELÓN

#### CUADRO TERCERO

*Las ruinas de un castillo. Es de día. Algunas columnas en pie, de elegante traza. Un arco, supone habitaciones en regular estado de conservación. Todo demuestra una pasada magnificencia. Llegan el Califa y el Gran Visir, todavía cigüeñas.*

EL GRAN VISIR. Señor, con tu permiso, yo no paso de aquí. Vuelas demasiado deprisa, y no tengo costumbre de volar.

EL CALIFA CASID. ¡Ni yo tampoco! ¡A ver si es que te crees que yo he nacido cigüeña!

VISIR. No; pero tú eres más joven que yo.

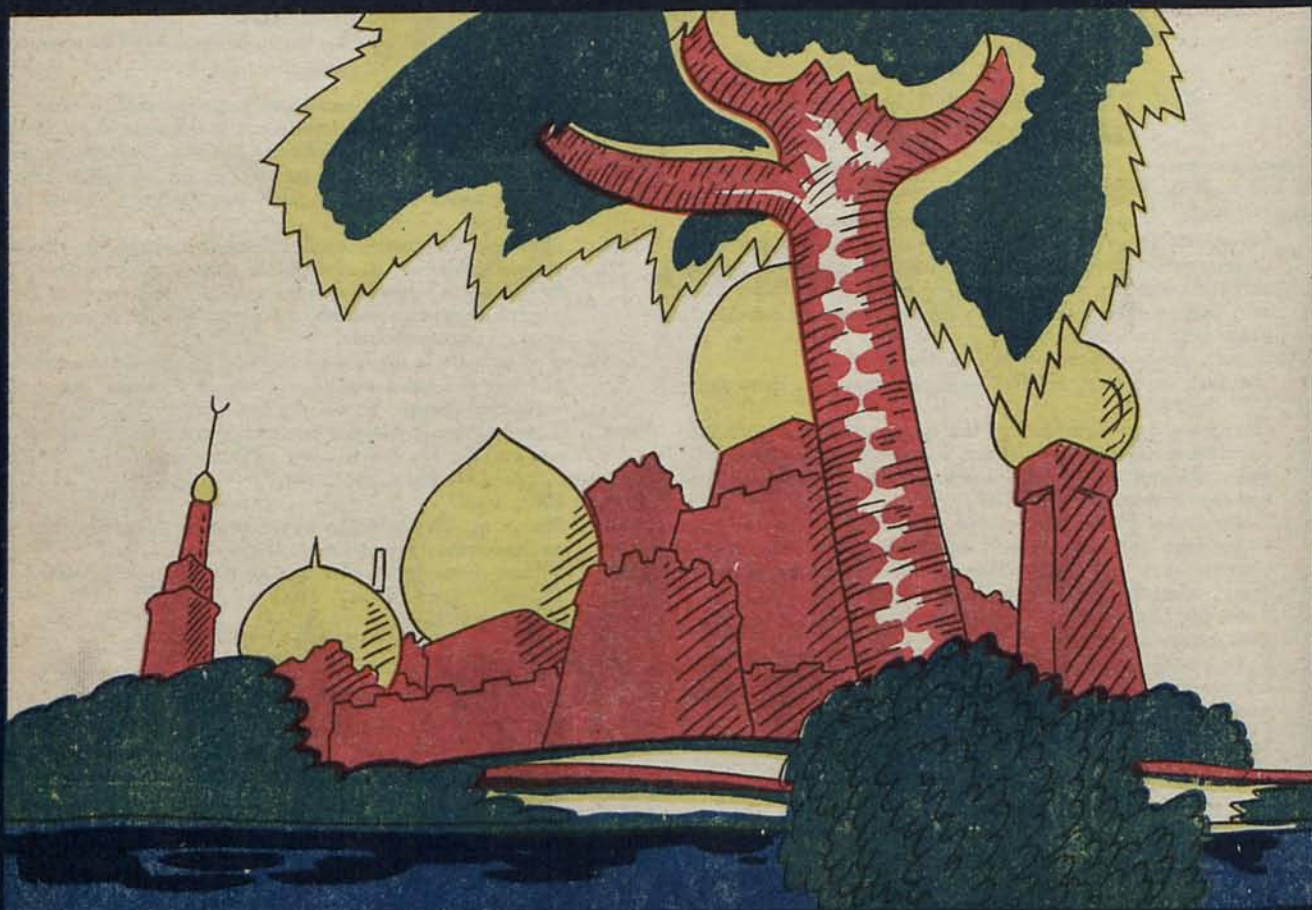
CALIFA. ¡Si hicieras todavía un esfuerzo!

VISIR. No puedo, no puedo. Además, pronto va a oscurecer, y debemos buscar un refugio donde pasar la noche.

(Continuará en el número próximo.)

Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véanse las condiciones en este mismo número.





Cara de Lirio  
Acto 3 Cuadro 8º



Esclavas  
Acto 3 Cuadro 8º



Cara de Lirio  
Acto 3º Cuadro 9º  
Cuadro 9º



Esclava  
Acto 3º Cuadro 9º



Vendedor de frutas

Esclava  
Acto 3º Cuadro 9º



Esclavas  
Acto 3º Cuadro 9º



Cara de Lirio  
Acto 3º Cuadro 9º



# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

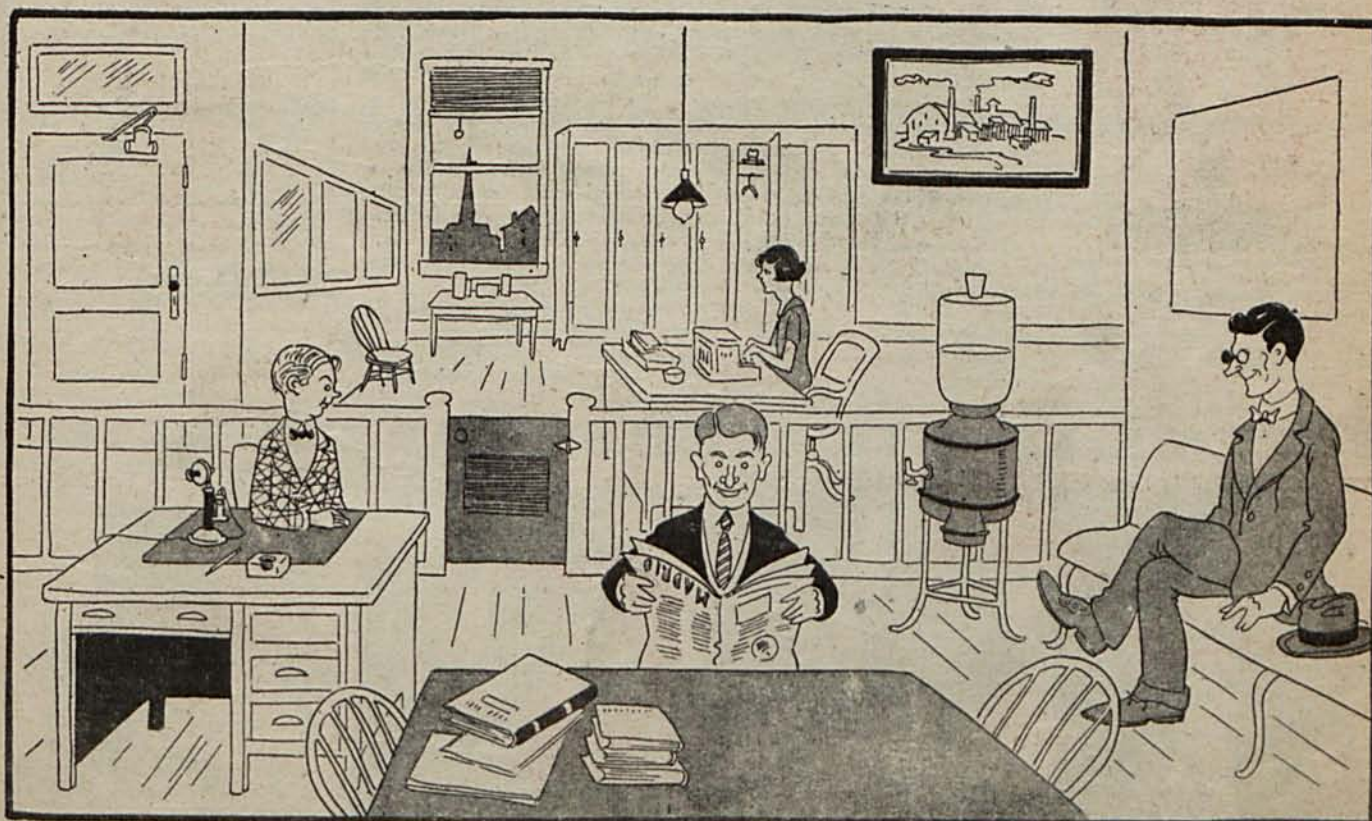
## EL POBRE PERICO



Perico salió un día a recoger sus hortalizas como tenía por costumbre, cuando acertó a pasar por allí un cerdo, un pato y un cordero. Estos tres animalitos venían dispuestos a dar un disgusto a Perico, y se lo dieron. El cordero se comió seis lechugas; el pato, un pan, que Perico guardaba para comer, y el cerdo se manducó todas las patatas que había en un cedazo.

El escándalo que armó Perico cuando notó el robo fué mayúsculo. Los animales, temerosos a la ira de Perico, se escondieron. ¿Dónde?

## ¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Este trabajo que aquí veis es, a mi juicio, uno de los más divertidos y al mismo tiempo más instructivo que darse pueden. Se trata de averiguar cuáles son los errores que hay en el presente dibujo. Estos son doce. Como ejemplo os diré que uno de ellos es el que el personaje que está en el centro leyendo un periódico, lo tiene cogido del revés, y otro que el filtro tiene el grifo hacia arriba. ¿Cuáles son los otros diez? Os digo más arriba que este trabajo es instructivo porque con él educaréis el sentido de la observación al fijaros en los detalles, y también el de la lógica al establecer comparaciones entre lo que está bien y lo que está mal.



# COLABORACION PINOCHISTA

## CHISTES



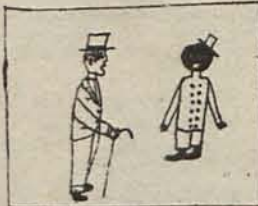
**DINERO POR ROPAS Y EFECTOS**  
—¿Qué me da usted por ese efecto?  
—¿Por cuál?  
—Por el que le ha hecho la bofetada.  
**JOSÉ GONZÁLEZ.**  
Diez años. Ceuta.



—¿Por qué no va usted por el teatro de Lara?  
—Porque me he hecho de la Sociedad protectora de animales.  
—¿Y eso qué importa?  
—Si importa, porque no quiero pisar la Corredera.  
**WIFREDO MARTÍNEZ.**  
Trece años. Madrid.



—No debe de ser muy rica esa familia cuando consenten que los dos niños jueguen con el mismo diábolo.  
**CARLOS FRÍAS.**  
Catorce años. Albacete.



—¿En qué se parece un cohete a un bacalao?  
—En que el cohete hace ras... pas, y el bacalao tiene raspas.  
**A. F.**  
Doce años. Málaga.



—Oye, María; ¿en qué se parece el cielo a un motorista?  
—No lo sé.  
—Pues en que casi siempre están los dos estrellados.  
**CARLOS QUESADA.**  
Doce años. Madrid.



**La visita.**—Pues ya le digo a usted; el año pasado, cuando estuve tan mala, me sacaron tres litros de agua.  
**El niño.**—¡Mamá! Por eso decías tú que esta señora parecía un botijo.  
**FERNANDO G. GUIJARRO.**  
Madrid.



—¡Oye, Quichungui! A este cristiano nos le comeremos crudo.  
—No, Chinmagüe. Como noto que se le pone carne de gallina, nos le comeremos en pepitoria.  
**PILAR BAÑOS Y CORREDOR.**  
Nueve años. Fuenterrabía.



—¡Don Turulato! ¿En qué se parece una máquina de coser a las personas?  
—Currinche, no me digas acertijos, que no los saco.  
—Pues muy sencillo; en que tiene canillas.  
**EVELIO RODRÍGUEZ.**  
Catorce años. Madrid.

### La glotonería.

Era una niña que se llamaba Mercedes. Esta niña era buena, pero tenía un gran defecto: la glotonería; sus papás se lo habían corregido muchas veces. Un día se encontraba sola en casa, con la muchacha, y aprovechándose de la ocasión entró en la despensa, en donde tranquilamente se comió una docena de pasteles, y ya se disponía a hacer lo mismo con otras golosinas, cuando llamaron a la puerta; cerró el tarro de miel que había empezado y, viéndose en peligro, se escondió en el ropero, mientras la muchacha habría a su mamá, quien la llamó en seguida para enseñarla una muñeca que la había comprado. Como la niña era buena, la remordió la conciencia y se lo contó todo a su mamá, prometiendo no hacerlo ya otra vez. Desde aquel día fué de las mejores niñas, pues se corrigió la glotonería.

**FELISA FERNÁNDEZ DE LA PUENTE.**  
Nueve años. Palencia.

### Rosina y Estrella.

Rosina y Estrella eran dos duquesas a cual más bonitas. Eran solas en el mundo, no tenían ni siquiera una prima. Un día que iban de paseo en su lujoso coche mirando distraídas para todas partes, se torció la rueda del coche y cayó Estrella en un mar profundo y Rosina se salvó. Al ver ésta perdida a su hermana se echó toda desconsolada a llorar, pero en esto se le presentó un enano encantado que le dijo: «Si quieres ver a tu hermana viva tienes que cumplirme la promesa que yo te diga, y es no mirarte jamás al espejo. ¿Estás conforme?» Rosina se quedó un rato meditativa y pensó que sería muy grande sacrificio, pero le dijo que sí con tal de no perder a su hermana. Y de pronto se apareció tan hermosa como antes, y el enano la dijo que si no quería morir que cumpliera la misma promesa que su hermana, y Estrella contestó que sí. Pero otro día que se fueron a pasear, una gitana se las quedó mirando y las echó mal de ojo; nadie las conocía porque se habían vuelto horribosas y, claro, todo el mundo se las quedaba mirando: «¿Será que estaremos más hermosas, decía Rosina». Pero dijo Estrella: «No me puedo contener y me voy a mirar al espejo, porque todos me miran». Llegaron a casa y lo primero que hicieron fué mirarse al espejo. Desapareció Estrella por completo, y Rosina, al verse tan horrible y sin hermana, fué andando por un bosque a ver si volvía a encontrar al enano; pero una noche cayó muerta al suelo de tristeza, hambre y frío.

**CRISTINA R. DE LA CUESTA.**  
Once años. Santander.



—¡Pero hombre! ¿No es usted el que ayer estaba en la otra esquina con un cartel que decía sordo-mudo?

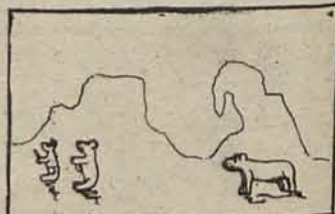
—¡Ay! Sí, señora; yo era. Pero soy tan desgraciado que apenas curo de una enfermedad, Dios me castiga con otra.

**SEBASTIÁN TRUJOLS.**  
Catorce años. Barcelona.



—¡Señores! Un campo de fútbol se parece al palacio real en que tiene porteros. He dicho.

**VÍCTOR FERNÁNDEZ.**  
Once años. Soto del Barco.



**El oso miope.**—¡Caramba! Dos exploradores haciendo el oso; pues no me lo explico. Se lo preguntaré a Pinocho para que me conteste en la sección de Curiosidades.

**FERNANDO CÁDIZ.**  
Doce años. La Coruña.

## PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



**Aurelio Romero Puente.**  
Sevilla. Premio 38 del primer sorteo de regalos para los suscritores.  
Un lote de libros.



**Germán Valentín López.**  
Madrid. Premio 17 del primer sorteo de regalos para los suscritores.  
Un lote de libros.



**Hermilla Pelaz.**  
Zamora. Premio 46 del primer sorteo de regalos para los suscritores.  
Un lote de libros.



**María Teresa Cirujeda.**  
Alicante. Premio 29 del primer sorteo de regalos para los suscritores.  
Un lote de libros.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué algunas aves, la gallina, el avestruz, entre ellas, no pueden volar.

—Es verdaderamente extraño, curiosísimo, lo que ocurre a esos animales. Habiendo aves que atraviesan el espacio, volando, a una velocidad increíble, es sorprendente que existan aves que no puedan volar, que hayan olvidado totalmente tan delicioso deporte. Algunos de esos animales han perdido las alas, de no usarlas. Ahí está el moa, ave denominada así por los hombres de Nueva Zelanda. Ahí está el moa, querido Chonón. Era aquella un ave gigantesca, enorme, incommensurable. Media, a veces, cuatro, cinco, seis metros de altura; es decir, más que un elefante, casi tan alta era como una jirafa.

—¡Magnífico!

—Pues bien: el moa no tenía alas y, por consiguiente, no podía volar. El moa vivió en Nueva Zelanda, como te he dicho, y en Australia. En el siglo XVIII era una especie abundante; pero hoy ha desaparecido completamente. Los cazadores han dado buena cuenta de ella. El moa tenía unas patas enormes; sus huesos eran parecidos, por su grosor, a los del elefante. Mas las aves de tamaño desmesurado están llamadas a desaparecer. El epiornis, que vivió en Madagascar, y cuyos huevos tenían, cuando menos, dos metros y medio de circunferencia, ha sido exterminado. Y lo mismo el dodo, otro ave gigante.

—¡Qué lástima! ¿Y por qué, querido buho, perdieron sus alas esas aves?

—Sobre eso existen varias opiniones. Es probable que las aves que hoy no vuelan descendían de aves voladoras. Alguien dice que no es así. El hecho de hallar unas pequeñas garras, bien definidas, en las alas del avestruz, ha hecho suponer que no se trataba de un ala atrofiada, sino de una pata de cuadrúpedo. De todas formas, es seguro que el moa, el casnario, el nandú, el avestruz y el pingüino, así como el aptérix, poseyeron en otro tiempo alas completamente acondicionadas para volar con ellas.

—¿Y por qué dejaron de usarlas?

—A eso voy. Hubo aves, la mayoría, que tuvieron que trasladarse de un punto a otro, bien para buscar sustento, bien para huir de los animales carnívoros. Acuciadas por estas dos grandes necesidades, volaron esas aves y desarrollaron sus alas. Siempre en continuo movimiento, consiguieron el dominio del aire. En cambio, otras, más afortunadas, se encontraron en un buen paraje, donde abundaba el alimento y donde, además, no existían peligros. Ello hicieron estas aves a la vida cómoda. No tenían que volar; andaban, tan sólo, de un lado para otro en aquella suerte de paraíso, y así llegó el momento en que las alas de estas aves, por falta de uso, se debilitaron hasta el punto de hacerse inservibles. Este, a lo que parece, es el caso del avestruz.

—Ahora comprendo.

—Pero hay que fijarse en lo siguiente: grandes o pequeñas, las alas de todas las aves, voladoras o no, vienen a desempeñar un papel semejante al de nuestros brazos. Puede decirse, sin temor a

equivocarse, que las aves tienen, como nosotros, brazos, muñecas, manos y dedos, los cuales se han cubierto de plumas para convertirse en magníficos instrumentos que permiten a las aves voladoras elevarse hasta las nubes.

—¿Y son muchas las aves que no vuelan?

—No son muchas. La más conocida es el avestruz, cuyo tamaño es verdaderamente extraordinario. Vive en África, en la Arabia, en la India, y hace algunos años se encontró un huevo de avestruz en la Rusia meridional. En estado salvaje, huye del hombre, buscando la compañía de la jirafa, la cabra y el ciervo, animales éstos, como el avestruz, pacíficos, de costumbres sencillas. Debido a la longitud de sus patas, el avestruz, cuando corre, alcanza la velocidad de un expreso, es decir, cien kilómetros por hora. Aunque esta velocidad no pueda mantenerla por mucho tiempo, es seguro que aquellos animales, en su carrera, dejan atrás al más veloz de los caballos. El avestruz no corre en línea recta, sino describiendo curvas, y ello hace relativamente fácil el alcanzarle en su carrera.

—¿Y cómo se defiende el avestruz cuando se ve perseguido?

—Primeramente, ya ves, corriendo; después, con sus patas, que sueltan coques hacia adelante, produciendo heridas formidables.

—¿Y es cierto que el avestruz esconde su cabeza cuando se ve acosado?

—Eso es falso, querido Chonón. También lo es que el avestruz abandona sus huevos en la arena para que los caliente el sol.

—¿Entonces, cómo engoran?

—Como las demás aves. Tres o cuatro hembras ponen sus huevos en un mismo sitio, generalmente en un hoyo hecho en la arena. Aunque estos huevos son muy grandes, el avestruz, sobre todo el macho, es muy grande y puede llegar a cubrir diez y seis de aquéllos. Cuando el número es mayor, el animal retira los huevos que sobran. La incubación dura cuarenta y dos días. La hembra incuba durante el día y el macho durante la noche. A veces —pero esto ocurre muy de tarde en tarde— la hembra abandona los huevos durante una hora o dos, para lo cual cubre aquéllos con una capa de arena, pues de dejar los huevos al descubierto corren el riesgo de cocerse; tan grande es el calor del sol en los lugares donde vive el avestruz.

—¿Y para qué domestican este animal?

—En África, en Francia, en California, se cría el avestruz domésticamente para utilizar sus plumas, que son muy estimadas. En una época del año reúnen en un corral estas aves y practican la operación del desplume, operación que requiere mucho tacto.

—¿Es cierto que el avestruz come piedras?

—Es cierto que el avestruz es un poquito tonto y que, sin darse cuenta, traga objetos de escaso o de ningún alimento. En un avestruz muerto encontraron tres grandes piedras, una llave, dos monedas de cobre, una caja de metal de unos siete centímetros de longitud... Infinidad de cosas.

—¡Qué bruto!

—Se sabe de un avestruz que murió asfixiado al pretender tragar un paraguas.

## CORRESPONDENCIA

**A mis queridos colaboradores.**—Es posible que algún Pinochista, al leer la Correspondencia, exclame perplejo: ¿Cómo? ¿De manera que no admiten colaboración, hasta descongestionar, como han dicho, las arcas, y ahora siguen admitiendo trabajos? ¿Dónde está la seriedad de PINOCHO? Calma, queridos Pinochistas. Calma. Porque el caso es el siguiente: Así como están llenas las arcas de mi palacio, de colaboración, así están llenos los sobros, en mi palacio, de cartas por contestar. Y cuando yo digo aquí, como veis con frecuencia, «tu trabajo se publicará dentro de poco», no quiere decir ello que tal trabajo haya llegado ahora mismo, sino que hace mucho tiempo, mucho... que llegaron. ¡Pero tengo tanto por contestar!

**Pelusita.**—Para suscribirte a PINOCHO, basta que me remitas el importe de la suscripción. Para colaborar en PINOCHO, basta que me envíes con cada cuento, chiste, historieta o dibujo, un cupón de colaboración, conforme se reanude la inserción de éstos en mi revista. El fastuoso transatlántico que hoy me mandas no puedo publicarlo, no porque no sea perfecto como dibujo —que lo es, ¿quién lo duda?— sino por estar hecho a lápiz, contra todas las reglas. Tinta negra, Pelusa. (Consiento el seudónimo).

**M. Garay.**—¡Qué bien la casa de Don Turulato! ¡Qué bonita la iglesia! ¡Cuán exactos los retratos de Pirula y Currinche! Todo ofrece una perfección magistral en tus obras. No tengo que decir más, Garay.

**Antonio Santos Mateo.**—¡Tinta negra!

**María Luisa Fuentes de la Rosa.**—Mi querida María Luisa: ¿Has dudado de mí? ¿Es posible? ¿Dónde está tu talento? ¿Dónde? Como Pinochista, tienes ganado mi afecto; como Pirulina, la estimación, el cariño, la consideración de Pirula; como suscritora, tienes todos los beneficios a que te hace acreedora tu calidad de suscritora. Todo a favor tuyo, María Luisa. Todo. Las puertas de mi palacio —la principal inclusive: alta y amplia, como la de un templo— están abiertas a tus trabajos, a tus cuentos, a tus chistes, a tus dibujos... Aquí nos tienes, María Luisa, ansiosos de servirte, siempre, en todo momento. Siempre.

**Salvador Cardenal.**—Publicaré el dibujo de Julio y el tuyo, pues son muy bonitos. Pero este otro, el paisaje, por venir en colores, no podrá salir. Ello no quiere de-

cir que no me guste. Todo lo contrario. Esta palmera es verdaderamente deliciosa, frente al mar azul, bajo el cielo azul...

**Carmen e Isabel Urrutia.**—Muy bien, mis queridas amigas, muy bien. Siempre recibo una alegría, una verdadera satisfacción, cuando me llegan vuestros trabajos. Los de hoy, sobre todo, «me llenan» completamente.

**Manolita García.**—Tu magnífico dibujo, que me llega —¡ahí es nada!— en dos ediciones, verá la luz en las páginas de PINOCHO. ¿Puedo decir más?

**Antonía Salas Domenech.**—No tengo santo, esta es la verdad. Un muñeco no tiene santo, aunque se trate de un muñeco de mi categoría. Si aguardas mi «día», como dices, para hacerte un regalo, lo siento. Lo siento porque has de esperar mucho, más de lo que pueda tu paciencia. ¿Pero qué regalo mejor, para mí, Antonía; qué regalo mejor que tu carta? Me siento *regalado* con ella, satisfechísimo; me siento orgulloso, ancho, inflado, como Chapete. ¿Qué más? Tus letras, junto con los trabajos que me prometes, son mis mejores trofeos. No tengo santo, esta es la verdad.

**Pedro Gómez García.**—¡Tinta negra!

**Andresito Rodríguez.**—Para suscribirte a mi revista, bastará que me remitas, por giro postal, la cantidad fijada. Ya sabes —¡lo he dicho tantas veces!— las infinitas ventajas que te proporcionará la suscripción, desde la colaboración hasta los sorteos de regalos, pasando por una infinidad de beneficios. Siempre buscando cosas agradables a mis suscritores, fijate cómo agudizo mi imaginación. Hoy, ser suscriptor en mi revista, es verse continuamente agasajado.

**Rosa Domínguez de la Mata.**—Mi queridísima Rosa: Pirula, Anita y Morronguis, como tú decías, leyeron tu carta. Y Pirula, Anita y Morronguis, tus mejores amigos, te felicitan, saludándote. Un éxito, Rosa. Algo sensacional, transcendental, formidable. Tu dibujo, tu cuento, tu chiste... ¿Puedo decir algo sobre ellos? Nada. Nada. Tan solo... —tú eres listísima, y lo comprenderás—, tan sólo, y no es poco, que tu dibujo, tu cuento y tu chiste aparecerán en PINOCHO, como me pides, a la mayor brevedad posible. Y nada más. Un abrazo de Pirula y Anita, y múltiples apretones de manos de mis demás amigos. ¡Adiós! ¡Adiós, Rosa!



# PINOCHISTAS PREMIADOS

EN EL COLOSAL SORTEO DE REGALOS DE PINOCHO A SUS SUSCRITORES

## PRIMER PREMIO: UN AUTO CITROËN

JUAN MANUEL URQUIJO

(Hijo de los Marqueses de Amurrio. — Madrid.)

**Segundo premio.**—Un cinematógrafo.—José de Eiguren, Bilbao.

**Tercer premio.**—Una caja de soldados.—S. A. R. la Serenísima Señora doña María de las Mercedes de Baviera y de Borbón, Infanta de España, Madrid.

**Cuarto premio.**—Una máquina fotográfica.—Rafael Alonso Alcalde, Valladolid.

**Quinto premio.**—Una casa de muñecas.—Francisco de Cubas, Madrid.

**Sexto premio.**—Un triciclo niquelado.—Cayo Pombo Caller, Santander.

**Séptimo premio.**—Un tocador para niña.—Anita Casariego De Bel, Ribadeo.

**Octavo premio.**—Una muñeca.—Emilio Díaz Moreu, Madrid.

**Noveno premio.**—Una locomotora mecánica.—Alvaro Cobián, Madrid.

## 10.º PREMIO AL 50.º PREMIO: UN LOTE DE LIBROS

Estos 40 premios han correspondido a los Pinochistas siguientes: Encarnación Peregrín Ardivé, Baza (Granada). Lourdes Belver Llamas, Barcelona. Juanita Gamero Cívico, Madrid. Carmen Urrutia, Madrid. Rafael Al. Novoa, Vigo. Antonio Godar, Vivero. Merceditas Lletget, Barcelona. Germán Valentín, Madrid. María del Carmen Segovia, San Fernando (Cádiz). María Barroso, Málaga. Fernando Coghén, Madrid. Ignacio L. Morillas, Vitoria. Antonio María Cospedal, Logroño. Santiago y Ramón del Olmo Mallol, Palencia. Alvaro Janini, Valencia. Mario F. Mazas, Orense. Gregorio Marañón Moya, Madrid. María Clapés, Barcelona. María González, Salvatierra de Tormes. María Teresa Cirujeda, Alicante. Rafael de

Alvear, Madrid. Concha y Fernando Marabini, Madrid. Guillermo Rolland, Madrid. Juanito Delaporte, Constantina (Argelia). José Antonio González Lodaes, Villaseca de Haro. Miguel Nolla Forcada. Alberto Tapia, Madrid. Mateo Azpeitia, Madrid. Aurelio Romero Puente, Sevilla. Puri y Mimo Nanclares, Valencia. Carlitos R. Cabello y Soto, Santander. Gonzalo Moreno, Daimiel. Guillermo Martínez de Pinillos, Chiclana de la Frontera. Lorenzo Fernández, Barcelona. José Luis Hernández, Huelva. Pedro Corral, San Sebastián. Hermilia Pelaz, Zamora. Fernando de Chavarri, Madrid. Tomás García Lara, Madrid. Javier Muguiro, Madrid. María Teresa Vallhonrat, Madrid.

En uno de los próximos números de PINOCHO se publicará la lista del SEGUNDO SORTEO DE REGALOS COLOSIALES para los Pinochistas que se suscriban desde el 1.º de junio al 30 de setiembre de 1926.

## LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: regalos generales y regalos especiales.

### REGALOS GENERALES

1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, solamente entre los suscritores, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).

2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).

3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.

4.º Derecho a tomar parte en los concursos de Problemas y Pasatiempos. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.

5.º Derecho a tomar parte en la Colaboración Pinochista. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.

Los Regalos generales no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

### REGALOS ESPECIALES

Además de los regalos generales, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay regalos especiales para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos regalos especiales sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus regalos especiales con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los regalos especiales son los siguientes:

#### Si la suscripción es por un trimestre

1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.

2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

#### Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

#### Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de cincuenta números para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

## BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D. ....

calle de ..... núm. .... Pueblo .....

Provincia .....

se suscribe a

PINOCHO por (1) { UN AÑO..... } cuyo importe de { veinte pesetas (23 pesetas) (2). }  
{ UN SEMESTRE... } { diez pesetas..... } remite a la Adminis-  
{ UN TRIMESTRE.. } { cinco pesetas..... }

tración de PINOCHO, Calle de Valencia, 28 (3), en (4) ..... También remite 1,50 pesetas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite ..... pesetas.

(Fecha y firma.)

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) Los suscritores por un año pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción, o sea en total: 23 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración directamente, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

(5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

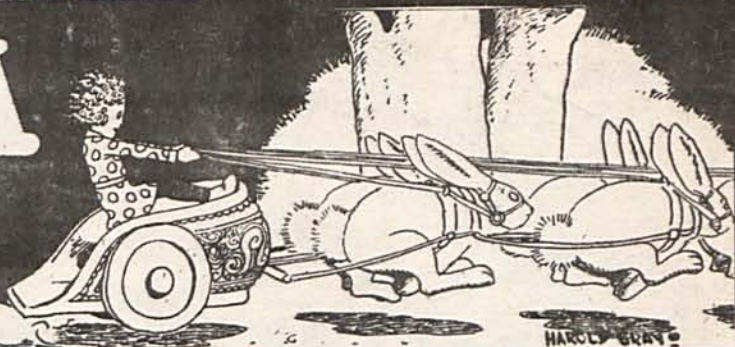
## Pinochistas premiados en el sorteo mensual de regalos a los suscritores

| Premios.                     | Abril.                                  | Mayo.                                | Junio.                                       |
|------------------------------|---|--------------------------------------|--|
| Primero. 25 ptas. en dinero. | Srta. María del Pilar Gallo.—Santander. | D. Francisco Murillo.—Barcelona.     | Srta. Concha de Grandes.—Si-güenza.          |
| Segundo. 15 ptas. en libros. | > Amelia Rufino.—Gandía.                | Srta. Mercedes Rey. — Habana (Cuba). | D. Jaime y Pilar Milans del Bosch. — Málaga. |
| Tercero. 10 ptas en libros.. | D. Carlos Marcos.—Cangas de Ti-neo.     | > Rosa Oñate Prendergast. — Sarriá.  | > Alfonso Ponte.—Madrid.                     |
| Cuarto. 5 ptas. en libros... | Srta. Amelia Aranda Sins.—Zara-goza.    | D. Recaredo y María Garay.—Ma-drid.  | Srta. Irene de Quesada.—Valencia.            |
| Quinto. 3 ptas. en libros... | D. Mauro Alonso.—Vigo.                  | > Francisco Gil de Sola.—Barce-lona. | D. Mariano Guitián.—Madrid.                  |



# ANITA

## BUEN-CORAZON







# SECCIÓN PIRULA

## Pirula, bordadora.

*Mantelería infantil.* — ¡Si que es raro lo

que les sucede a Pepín y Lolita! Por las mañanas cuesta Dios y ayuda sacarlos de la cama, y por las noches cuesta otro tanto conseguir que se acuesten.

Y es lo que dice su mamá: «Si tanto os gusta dormir, ¿por qué no tenéis prisa por acostaros? Y si tanto os gusta estar levantados, ¿por qué no os apresuráis a salir de la cama cuando os llaman?»

Lo de no querer levantarse se explica —sin disculparse, por supuesto— por el hecho de que Lolita y Pepín son (guardadme el secreto) un poco perezosos.

Pero el retardar con mil pretextos la hora de cenar y de acostarse, ¿cómo lo explicamos? ¡Con el sueño que deben de tener uno y otro después de las diabluras que cometen durante todo el día!

Pues bien: lo que les pasa a Pepín y Lolita yo lo sé, lo adivino: les sucede que quieren cenar con los mayores, a las nueve o a las diez, en lugar de cenar solitos a las ocho, que es la hora más indicada y razonable para la cena de los niños sanos y bien educados.

Me han confesado que cuando les ponen el cubierto para ellos solitos, en un ángulo de la mesa grande del comedor, los alimentos les «saben a tristes».

Y la mamá, siguiendo mis consejos —las ma-

dres hacen mucho caso de las muñecas— ha encargado al carpintero que fabrique una mesita linda y graciosa, copiada de un modelo que se publicó hace tiempo en esta misma «Sección Pirula».

Para esta mesa hace falta una mantelería a propósito; aquí está.

Puede hacerse en «toile» de hilo blanca; pero



yo preferiría en color amarillo, azul o rosa fuerte, adornándola con negro o con un color opues-

to. El adorno consiste en un conejito que se borda en los ángulos —fijáos en el corte de éstos— a punto lanzado, unas borlas que se hacen con el mismo algodón y una hilera de gruesos nudos que tapa las puntadas, o el pespunte a máquina, del dobladillo.

En el dibujo aparecen el mantel, una servilleta y un sobre para esta última.

Me apuesto cualquier cosa que cuando Pepín y Lolita tengan su mesita con su mantelería correspondiente, las cenas a solas y a las ocho constituirán para ellos una fiesta tan grande, y mucho más natural y provechosa, que ahora el cenar con los mayores y el acostarse tarde.

